

GRANDE Y ENTRADOR ROMANCE  
DE  
OAXACA Y SUS SIERRAS.

«Adiós, papá Justiniano,  
Adiós, señoras Pandectas,  
Que si me gusta el derecho,  
Que si me encantan las ciencias,  
Aunque me tienden los brazos  
Casi al concluir mi carrera,  
Entre los renglones miro  
Del Salita y sus lindezas  
Atravesando soldados,  
Reluciendo bayonetas;  
Y me arrebató y seduce  
El estruendo de la guerra  
Que reventando en Ayutla  
Contra el tirano congrega;  
Y allí está el bien de la patria,  
Y allí brillan mis ideas.»  
Esto dijo un estudiante  
De la Ciudad de Antequera,  
Afiliado en el estudio,  
Notable por su modestia,  
Pero que empuñó la espada  
En la americana guerra,  
De bélicas aptitudes  
Y de valor dando pruebas.  
Y ese era Porfirio Díaz,  
Que saltando á la palestra,  
De Ayutla contra Santa Anna  
Enarboló la bandera.



PORFIRIO DIAZ.

Le tenemos de Prefecto  
En Ixtlán, donde sin tregua  
Venciendo dificultades  
Instruye, organiza, crea  
Soldados, con sus afanes  
Destruyendo la torpeza;  
Y así formó laborioso  
Una reducida fuerza  
De indios, que al primer disparo  
Emprendían la carrera  
Como parvada de tordos  
Al fragor de la escopeta;  
Pero el ejemplo, la calma,  
La dulzura, la paciencia  
Los tornaron en guerreros  
Aptos para la pelea,  
Que adoraban en Porfirio  
Siguiendo fieles sus huellas.  
En Oaxaca dominaba  
Como autoridad suprema  
Cierta general García  
Representando á su Alteza  
Con aparato terrible  
De extorsiones y violencias.  
Pero en Ixcapa aparece  
Porfirio, y hay resistencia  
Que arrolla, que desbarata  
Con su personal braveza,  
Y á la luz de la victoria  
El plan de Ayutla campea,  
Y la muerte de Salado  
Es de su fama trompeta.  
Invaden el rico Estado  
Dos formidables panteras,  
Vómito de los infiernos,  
De Satanás descendencia,  
Y eran los hermanos Cobos  
Con su endiablada caterva:  
Eran polizones bruscos,  
Sin Dios, sin fe, sin conciencia,  
Que odiaban á los chinacos,  
Que su plan, la matanza era;  
El robo, su rico erario;  
La destrucción, su sistema;  
Su aliado, el asesinato;

El terror, guardia y defensa;  
 Y del mocho eran espadas  
 Y acatadas eminencias.  
 El Estado en contra de ellos  
 Sus empujes endereza,  
 Y Díaz Ordaz de decoro  
 Y patriotismo preseaa,  
 A quien injusta la historia  
 Su excelso valor no aprecia,  
 Manda una sección brillante,  
 Otra á Porfirio le queda,  
 Y ambos Jefes se enaltecen  
 Con inmortales proezas.  
 Díaz Ordaz deja la vida,  
 Pero á un Cobos escarmienta;  
 Los soldados de Porfirio  
 Instantáneos se dispersan;  
 El se retira incansable,  
 Su ardiente vigor reserva.  
 Cual ave que plega el ala  
 En la altura, y así, artera,  
 Con su esfuerzo y con su peso  
 Lanzarse sobre su presa.  
 En uno de esos vaivenes  
 Don Marcos Pérez gobierna,  
 El profesor de Porfirio  
 Al cursar Jurisprudencia,  
 Que su ingenio reconoce,  
 Que sabe apreciar sus prendas,  
 Y á él, el mando de las armas  
 Sin vacilar encomienda.  
 Este, distinción tan grata  
 Renuncia con insistencia  
 Y la declina en Salinas,  
 Anciano á quien reverencia,  
 Dando una prueba patente  
 De discreción y modestia.  
 El funge de su segundo,  
 Y en realidad él impera;  
 Se le ve en Tehuantepec  
 Con su astucia y con su verba  
 Levantando batallones  
 Que arma, viste y alimenta,  
 Siempre, siempre escrupuloso  
 De los fondos dando cuentas.

Atravesar se le mira  
 Por las empinadas sierras,  
 Haciendo brotar soldados  
 Briosos para la pelea.  
 Al paso derrota á Trejo  
 Que le estorba en su carrera;  
 Y es Díaz alma del pueblo  
 Que con su prestigio alienta.  
 Juárez, que ocupa el gobierno,  
 A Don Porfirio se entrega,  
 Mientras Cobos de Oaxaca  
 Terrible se enseñorea  
 Fortificando sus torres,  
 Levantando sus trincheras,  
 Acopiando cuanto pudo  
 Para la fuerte defensa.  
 Mas Díaz una brigada  
 Forma con inteligencia,  
 Y ante la ciudad rebelde  
 Intrépido se presenta.  
 El fuego incendia los aires,  
 El cañón cimbra la tierra,  
 Y unas tremendas columnas,  
 Con Porfirio á la cabeza,  
 Asaltan fosos y muros,  
 A sus contrarios aterran  
 Dejando do quier despojos  
 Y muertos tras sus banderas;  
 Y al fin de gloria cubiertos  
 La libertad vitorean.  
 Cobos se fuga espantado,  
 Trenes, armas, todo deja;  
 Y el héroe su triunfo esconde  
 Tras su probada modestia,  
 Cediendo palmas y lauros  
 A sus hermanos de guerra.

La paz se afirma en Oaxaca,  
 Las leyes sin sombras reinan;  
 Entonce el Coronel Díaz  
 Hasta México penetra  
 Para dar valiente auxilio  
 En la empeñada refriega

A los buenos liberales  
 Que con suerte varia bregan.  
 Cual generosa corriente  
 Que el suelo nativo riega  
 Y que sus aguas fecundas  
 Para otras regiones lleva  
 Como para darles jugo  
 Y hacer pingües las cosechas.  
 Así fué el Coronel Díaz,  
 Sus bravos así se muestran,  
 Los pueblos su vista aplauden  
 Y su llegada festejan;  
 Los tambores tocan dianas,  
 Claman diana las trompetas,  
 Y en medio de los soldados  
 Que se yerguen y se alegran,  
 Abraza á Porfirio Díaz  
 Jesús Gonzalez Ortega.

Enero 21 de 1897.

GRADDE Y REVOLOTEADO ROMANZE

DE

EMBESTIDAS Y DE FUGAS.

PREPAREN, ¡ARMAS!

La derrota de Silao  
 Dejó á los nobles á obscuras,  
 Y cual quién sigue veredas  
 Llenas de nidos de tuzas,  
 Como el que en la nopalera  
 El obeso cuerpo oculta  
 Y no emprende movimiento  
 Sin que le piquen las púas.  
 Los augustos dignatarios,  
 Del retroceso columnas,  
 Tienen peste de resfriados  
 Si solícitos se buscan;  
 O en lugar de dar recursos,  
 Dan sustos y dan trifulcas;  
 Se requieren municiones  
 Y santos triduos se anuncian;  
 Se necesitan fusiles,  
 Y velas el templo alumbra;  
 Y para infundir aliento,  
 Los valientes de casulla  
 A Miramón mandan palmas,  
 Le obsequian con *aleluyas*.  
 Miramón firme y entero,  
 Del peligro no se asusta:  
 Ordena que venga Robles  
 De Oriente, con fuerza suya;

Severo á Chacón compulsa  
 A que deje Cuernavaca  
 Y que apreste sus soldados  
 Sin demora y sin excusa;  
 Reuniendo hasta tres mil hombres  
 Para renovar la lucha.  
 En tanto en el horizonte  
 Luz de contento relumbra,  
 Que el Embajador Pacheco  
 Con régia pompa se anuncia,  
 Y le miran como suyo  
 Los de sotana y de turca,  
 Los sacristanes y viejas,  
 Todos rosarios y arrugas,  
 De esas hijas de la noche  
 Hermanas de las lechuzas.  
 El Pacheco que en España  
 Honró la literatura,  
 Estimado por su ciencia  
 Y por sus maneras pulcras,  
 En México fué otra cosa;  
 Con los más mochos se aduna;  
 Hace falsa diplomacia;  
 Explotó chismes y astucias,  
 Y con villana perfidia  
 Su nombre preclaro ofusca.  
 El Gobierno le recibe  
 Como á Cortés, Moctezuma,  
 Menos los ricos presentes,  
 Menos las danzas de plumas.  
 De la embajada á Palacio  
 Los homenajes se agrupan,  
 Tres carrozas le preparan  
 Valiosas una fortuna;  
 De dos trenes seis corceles  
 Que por su lujo deslumbran,  
 El otro con sólo cuatro,  
 Lugar secundario ocupa.  
 Escoltan jefes lucidos  
 El convoy con compostura:  
 Gobernador de Palacio,  
 El del Distrito, y figuran  
 Personajes levantados  
 Que en mi memoria se anublan;  
 Los Oficiales mayores

En la escalera saludan,  
 Y le hacen la reverencia  
 Con humillación profunda;  
 Y á poco andar los ministros  
 Y próceres, los remudan.  
 El Salón de Embajadores  
 Hierve con crema y espuma  
 De dignidades del clero,  
 De eminencias de la curia  
 Y tenderos ordinarios  
 A quienes la plata encumbra;  
 Pacheco suelta un discurso  
 En que á México dibuja,  
 Cual pudiera hacerlo un ciego,  
 Sin forma y sin atadura,  
 Y Miramón le contesta  
 Lacónico y sin dulzuras:  
 Que no estaba para farsas  
 Y otras cosas le preocupan.

## II.

## LA GUERRA.

De Guadalajara el sitio  
 Con cada luz se encarniza,  
 Y los bandos que se empeñan  
 En la lucha fratricida,  
 Por darle término pronto  
 Desesperados ansían.  
 Miramón, entre mil dudas  
 Con viva inquietud vacila,  
 Si en la Capital espera  
 O bien si á Castillo auxilia.  
 Y Zaragoza apremiado  
 Al ver á Márquez encima,  
 Concentra sus elementos,  
 Su empuje resuelto aviva  
 Para dejar en el campo  
 Antes que la honra, la vida.  
 Berriozábal, entre tanto,  
 Consecuente á la consigna,  
 Aprovecha de sus tropas

La brillante disciplina,  
 Y cauto, severo, experto,  
 Al enemigo vigila.  
 Sin dar un paso imprudente  
 A Tololotlán camina  
 La fuerza enerva de Márquez,  
 Y es del orden garantía;  
 Con él se reúne Quijano,  
 Con él Carbajal milita,  
 Huerta á su manto se acoge,  
 Régules y Ortega imitan  
 A sus bravos compañeros  
 Que para el pleito se alistan.  
 En tanto en Guadalajara  
 La lucha se finiquita,  
 Y para Tepic, Castillo,  
 En dispersión se encamina.  
 De Berriozábal despierto  
 Márquez se encuentra á la vista;  
 Zapotlanejo es el pueblo  
 Que se elige como liza;  
 Pero Márquez que conoce,  
 Pero Márquez que sabía  
 Los hechos de *Guadalajara*,  
 Hacen de todo desista,  
 Que es la resistencia inútil;  
 Y asido á tretas malignas  
 Buscaba cualquier resquicio  
 Para pegar la estampida;  
 A Llamas y á Sánchez Facio  
 A Berriozábal envía,  
 Y éste, que con sabios planes  
 La retirada le quita,  
 Se cierra á todo tratado  
 Y le manda que se rinda.  
 Y así las contestaciones  
 Estuvieron indecisas;  
 Pero Carbajal y Rojas  
 De la chinaca bravía,  
 Sus briosos cuacos disparan,  
 Sus fuertes lanzas enristran  
 Y hacen con furia en los mochos  
 Horrible carnicería.  
 «Esto no habla con nosotros,»  
 A una voz resueltos gritan,

Ausentándose del campo  
 Vélez, Márquez y Mejía;  
 Y no nos dice la historia  
 Hasta dónde pararían.  
 Dejan en el campo trenes,  
 Obuses, artillería,  
 Con rico botín de guerra,  
 De vestuarios y mochilas  
 Y plata en sonantes pesos,  
 Que, dijeren lo que digan,  
 No sé por qué da contento  
 Y produce la alegría.  
 González Ortega manda  
 Y órdenes tronantes dicta  
 Para situar á la fuerza  
 Según su plan y sus miras.

Enero 23 de 1897.